

está seguro de que há de seguir alcanzando nuevas victorias. La razon y la justicia están de nuestra parte, y ellas aumentan nuestro valor y hacen parecer mayor el número de nuestras tropas. Pero, camina con cuidado, que me pienso que el sueño te va haciendo tropezar, y no es sitio este sino de andar con los ojos muy abiertos.—Bien lo veo, mi Capitan, que estas veredas no parecè que están hechas para criaturas humanas; y ya que defendemos la causa de Dios, y que tenemos la razon de nuestra parte..... pero atento á esto, mi Capitan, tambien hay quien dice que á los Moriscos no les ha faltado razon para rebelarse, porque si se les han cumplido ó no se les han cumplido los ofrecimientos que se les hicieron en las conquistas, y si se les ha tratado con demasiado rigor.... —Calla, Julian: nadie tiene nunca razon para hacer armas contra el Rey; y tu como soldado cristiano, no has debido siquiera prestar oido á esas malas disculpas. Que no vuelvan á salir de tu boca, ó teme que me olvide de lo bien que me sirves, y te castigue como mereces. —Estad seguro, mi Capitan, de que no las repetiré.

Entretenidos en estos y otros diálogos semejantes, marchaban un Capitan y su Escudero en una de las noches del otoño de 1569, recorriendo las guardias y avanzadas del Ejército cristiano, que al mando del marqués de Velez, se preparaba á atacar en la madrugada siguiente á un número considerable de Moriscos rebelados, que dispersos por las ásperas montañas de la Alpujarra, á consecuencia de la viva persecucion que estaban sufriendo, se habian refugiado en el lugar de Ohanes, bajo el mando de Tahalf, á quien eligieron por su gefe. La fortaleza y defensa natural que les proporcionaba el pueblo, colocado sobre una elevada colina, y la facilidad que encontraban de poderse resistir aun dentro del mismo, por la construccion de sus calles sobre una pendiente resbaladiza, que no permitía la entrada á los caballos y habia de cansar demasiado á los infantes, les hicieron preferirlo para su reunion: no perdiendo tampoco de vista que la abundancia de sus cosechas de uva, celebrada aun en el extranjero, de aceites de lo mejor del país, y de los demas objetos necesarios

á la subsistencia, les ofrecían la ventaja de no temer la escasez de recursos, durante el tiempo que se hubieran de resistir.—Noticiosos de la aprosimacion de las tropas del marqués de Velez, encerraron dentro del Lugar á las mugeres y niños, con sus ganados y demas bienes, y dejando mil hombres para la defensa interior, se colocaron los demas en las avenidas, ocultos con las escabrosidades del terreno, dispuestos á pelear, y confiados en que la victoria estaría de su parte, por cuanto las fuerzas del Marqués eran solo tres mil infantes y treientos caballos, que poco prácticos en la sierra, no podian igualarles en destreza, ni descubrir sus guaridas ni desfiladeros.

Ya los primeros rayos del sol iluminaban la cúspide de la montaña, reflejando en las cristalinas piedras, humedecidas con el rocío de la madrugada, y presentando á la vista el hermoso espectáculo de una roca sembrada de diamantes. Lentamente su luz se desprendía sobre el abundante y sabroso fruto de las innumerables vides, y reverberando el amarillento verdor de los pámpanos sobre los poblados y transparentes racimos, formaba un esmalte de oro tan variado, cuanto lo era el color de los granos y la mayor ó menor sombra que los cubría. La pluma no puede describir con bastante exactitud la belleza del amanecer en una de las montañas cultivadas de tan ásperas sierras: es preciso haber presenciado el delicioso tránsito de una noche oscura, fria y silenciosa, á un dia apacible, templado y sereno, de los que en aquellos sitios se disfrutaban en la estacion precursora de las nieves que han de cubrir sus arbustos, para conocer hasta donde puede animar la naturaleza un cuadro, que por su situacion debia presentarse frio y desinteresado.— Los pintados gilgueros entonaban sus amorosos cánticos sobre las ramas de la fertil oliva, interrumpidos solamente por el confuso rumor que ya principiaba á levantarse en el Ejército cristiano. El choque de las bruñidas adargas y de las relucientes lanzas contra las metálicas rocas de las escarpadas pendientes; el vibrador sonido de los clarines y atambores, cuyos ecos, repitiéndose en las concavidades de las piedras, parecian multiplicar el número de los instrumentos,